

Una mirada que transforma...



*Quando tú me mirabas,
tu gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me **adamabas**,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían*

(Juan de la Cruz, Cántico espiritual, 23)

retiro junio 2025

Ámbito Formación y Espiritualidad

PROVINCIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

Nos invitamos en el retiro de este mes a un viaje, un viaje por algunos pasajes de la Escritura, buscando, escudriñando y queriéndonos perder en una mirada, una que transforma¹.

Vamos a orar con el momento creador que nos narra el libro del Génesis y con la experiencia de un hombre al que la mirada de Dios le cambió la vida en dos tiempos, Pedro, y que nos cuentan sendos pasajes de los evangelios de Juan y de Lucas.

Hay pocas cosas en la vida que pueden llegar a ser tan transformadoras, profundas y penetrantes como la mirada de un ser amado. En el brillo de sus ojos, encontramos todo un universo de emociones y pensamientos que nos impulsan a explorar más allá de lo superficial.

La mirada del ser querido, cargada de afecto y comprensión, tiene el poder de cambiar nuestra percepción del mundo. Nos hace sentir vistas y comprendidas en nuestra esencia más pura, generando una conexión que trasciende las palabras. Cada vez que nos

¹ Todo el hilo de este retiro, así como muchos de los textos están basados en el libro *Una mirada que transforma* (Desclée De Brouwer, 2024), de Francesco Cocco.

sumergimos en unos ojos que nos miran con amor, es como si descubriéramos algo nuevo de nuestro interior que se refleja e ilumina en la profundidad de ese mirar.

La mirada de un ser amado es un recordatorio constante de que no estamos solas en este viaje llamado vida; es una fuente de fuerza y consuelo, un faro que ilumina los rincones más oscuros de nuestro ser, transformándonos en personas más completas y auténticas.

Y si tenemos que perdernos en miradas amorosas, perdámonos en la mirada de Dios que es un poderoso y continuo acto creativo. Vamos a descubrir en el corazón palpitante de la historia humana (y de tu historia), un hilo de oro que atraviesa los siglos, una preciosa trama tejida por la mirada de Dios, mirada que crea, llama y redime.

La mirada misma de DIOS CONTEMPLA tu propia realidad con ojos nuevos. Deja que esta mirada penetre en lo más profundo y te transforme de espectadora pasiva en participante activa en un diálogo eterno.

LA MIRADA DE DIOS ILUMINA LA CREACIÓN

Lectura del libro del Génesis 1,1-31

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas.

*Y dijo Dios: -Que exista la luz. Y la luz existió. **Vio** Dios que la luz era **buena** y la separó de las tinieblas. A la luz la llamó día y a las tinieblas noche.*

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero.

[...]

Entonces dijo Dios: -Hagamos a los seres humanos a nuestra imagen, según nuestra semejanza, para que dominen sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra. Y creó Dios a los seres humanos a su imagen; a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó.

Y los bendijo Dios diciéndoles: -Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven por la tierra.

Y añadió: -Os entrego todas las plantas que existen sobre la tierra y tienen semilla para sembrar; y todos los árboles que producen fruto con semilla dentro os servirán de alimento; y a todos los animales del campo, a las aves del cielo y a todos los seres vivos que se mueven por la tierra les doy como alimento toda clase de hierba verde.

*Y así fue. **Vio** entonces Dios todo lo que había hecho y todo era **muy bueno**.*

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día sexto.

Para comprender bien el mensaje que esconde el relato bíblico que nos proponemos rezar, tenemos que atrevernos a descubrir que la esencia del ser humano es afirmar que *somos relación*, seres creados para abrirnos a la *alteridad*, a lo que no somos nosotras mismas, a la novedad, a la diferencia, a lo no esperado. Y si podemos decir esto es porque también creemos que *Dios es relación*, y como tal quiso y quiere revelarse a cada ser humano.

Los tres personajes del famoso y bello icono de Mambré de Rublev nos presenta la relación y comunión que une a las tres personas de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esa relación perfecta y misteriosa en la que Dios existe desde el principio es la vocación a la que estamos llamadas cada una. Dios mismo nos llama a la existencia haciendo de nosotras un *tú* con el que relacionarse.

Al principio, en el principio, la única voluntad de Dios es de amor, de encuentro, de

creación. Todo acto de creación es un acto de esperanza, una semilla sembrada en el suelo de la historia a la espera de germinar. Dios decide crear al ser humano para relacionarse, para tener un *tú* al que amar.

La creación, es una invitación perpetua a buscar a Dios, a reconocerlo en los demás, a vivir nuestra vida como respuesta al amor creador. En esta búsqueda continua de la armonía con la creación y con el Creador, reside la verdadera esencia de nuestra humanidad, imagen viva de la mirada de Dios que ilumina la creación.

Todo bueno. Invitadas a mirar así... a detenernos en cada criatura y descubrir su bondad, su belleza, su hermosura; descubrir, en definitiva, la huella de su Creador.

Recuperemos la mirada positiva que tuvo Dios al contemplar todo lo que brota de sus manos, recuperemos ese contento superlativo de Dios al contemplar su más perfecta obra: el ser humano, la culminación de la creación. Vamos a caer en la cuenta de que la voluntad creadora de Dios no incluye nada malo, no hay rastro del mal: la injusticia, la envidia, el orgullo, el egoísmo... tienen otro origen... de Dios, no vienen.

Creadas a imagen y semejanza de Dios, fruto de un plural creador, que vuelve a hablarnos de nuestro ser más real: *relación*. Ser creadas a imagen de Dios, nos otorga el don y la responsabilidad de cuidar lo que nos ha sido encomendado: la armonía y belleza de todo lo creado.

El ser humano es relación. Dios es relación. Es una relación perfecta y misteriosa que ya estaba en Dios desde el principio.

- Cambia hoy la forma de mirar... hazla más honda, más desde el corazón. Dios crea, pronuncia la Palabra y crea. Dios nos pronuncia y nos crea... Regocíjate y reconoce la huella de tu Creador en lo que te rodea, en tu propia historia, en tu vida.
- No necesitas mirar a ningún sitio, si quieres tener una imagen de Dios, te basta con sumergirte en el misterio de tu semejante, porque fue creado a imagen y semejanza de Dios. Contempla a tu prójimo, tu hermana, Dios mismo es su autor.
- Mira lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, el mundo que se extiende sin fin y la realidad más próxima, la luz que la habita y el dolor que padece. Dios, Creador, es la pregunta siempre abierta, la confianza que renace a pesar de todo, la responsabilidad creadora, es el Acto que anima, el Aliento que impulsa, la Relación que unifica y serena.

LAS MIRADAS QUE CAMBIARON LA VIDA DE PEDRO

Hay miradas que atraviesan el tiempo y el corazón, que no se detienen en la superficie, sino que se hunden hasta lo más profundo de la vida. Miradas que te revientan por dentro, que despiertan, que llaman, que provocan, que redimen. Así fueron las miradas que Jesús posó sobre Pedro, el pescador de Galilea. Y así comienza esta historia: con un cruce de miradas que transformó por completo su existencia.

Lectura del evangelio de Juan 1,35-40:

*Al día siguiente estaba Juan con dos de sus discípulos y, **fijando la mirada** en Jesús que pasaba, dice: “Este es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos oyeron sus palabras y lo siguieron.*

*Jesús se volvió y, **al ver** que lo seguían, les pregunta: “¿Qué buscáis?”. Ellos le contestaron: “Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?”. Él les dijo: **“Venid y veréis”**.*

Entonces **fueron, vieron** dónde vivía y se quedaron con él aquel día: era como la hora décima.

Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: “Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)”. Y lo llevó a Jesús.

Jesús **se le quedó mirando** y le dijo: “Tú eres Simón, hijo de Juan, tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)”.

Si queremos descubrir el rostro de Dios que se refleja en la mirada de Jesús, vamos a tener que encontrarnos con Pedro, el discípulo duro como una piedra, que aún sin comprender, no dejó de mirar a Jesús y jamás apartó los ojos a la mirada de Jesús, esa que no juzga, sino que penetra y transforma.

Vamos a contemplar a Pedro, aquel que experimentó el misterio (don y tarea) de ser mirado por el Señor. En este encuentro de miradas se esconde un diálogo silencioso, una conversación que trasciende las palabras y que se convierte en semilla de vida nueva.

Se nos sitúa en un momento preciso, “*al día siguiente*”, detalle temporal que nos invita a volver la página y retomar el anuncio de Juan el Bautista: “*Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo*”. Aquí acaba la misión de Juan: preparar el camino, señalar al Cordero de Dios, y luego hacerse a un lado para que otros lo sigan. Juan fija su mirada en Jesús y lo reconoce: no es simplemente observar, como si fuésemos espectadores, es penetrar, descubrir lo que está más allá de lo visible, es tocar la esencia.

Juan revela una verdad que cambia el curso de la historia: el título, *Cordero de Dios*, remite al que carga con el pecado del mundo, que llevará sobre sus hombros la cruz de la humanidad. Este reconocimiento provoca que los discípulos de Juan comiencen a seguir a Jesús, casi en un impulso natural, como si hubiesen estado esperando este momento desde siempre.

Lo que sigue es un juego delicado de silencios y pasos: los discípulos lo siguen, pero no se atreven a hablar, es Jesús que sintiendo su presencia tras él, se vuelve. Este gesto es mucho más que un simple giro (en el lenguaje bíblico, volverse es signo de conversión), es el movimiento de Dios que se acerca a la persona, es Dios mismo tomando (una vez más) la iniciativa.

Jesús pregunta: “*¿Qué buscáis?*”, una pregunta profunda, ¿qué buscamos realmente? ¿un maestro? ¿un sentido? ¿una vida nueva? Ellos responden con otra pregunta: “*Rabí, ¿dónde vives?*”. No buscan una respuesta inmediata, buscan habitar donde Él habita, compartir la vida con Él. Jesús no ofrece explicaciones, no da discursos, solo sugiere una invitación: “*Venid y veréis*”. Una llamada a la experiencia, a la cercanía, a mirar con los propios ojos lo que significa vivir con Él.

En el imaginario del evangelio de Juan, la casa de Jesús es más que un lugar físico: es la humanidad misma. Jesús ha venido a habitar entre nosotros, y quienes quieran seguirle deben aprender a reconocer la humanidad como su morada. Ver dónde vive Jesús es adentrarse en la luz, dejar atrás la oscuridad de la incomprensión, de la rabia, de la queja, del egoísmo... es comenzar a formar parte de una nueva familia, de una Comunidad que nace del Encuentro, de la Relación.

Eran las cuatro de la tarde, casi la puesta del sol, el umbral de un nuevo día (pasó una tarde, pasó una mañana... ¿recordáis?) y desde esa misma hora, sus vidas nunca volverían a ser las mismas. Y aquí aparece Andrés, quien movido por la emoción de su

descubrimiento, corre a buscar a su hermano Simón. Es un acto impetuoso, apremiante, irrefrenable, la alegría de haber encontrado al Mesías no puede guardarse, necesita ser compartida, comunicada.

[Y en este punto podemos preguntarnos cuáles son esas noticias que no me puedo aguantar y que disfruto compartiendo en mi whatsapp o por teléfono]

Simón Pedro, el pescador de Betsaida, se encontraba, sin saberlo, al borde de un encuentro que marcaría su destino: no hay palabras grandilocuentes, ni promesas ¡Solo una mirada!

Jesús lo mira, lo atraviesa, lo penetra y en ese instante le cambia el nombre: “*Tú eres Simón, hijo de Juan; tú te llamarás Pedro*”. La mirada de Jesús ve en Pedro lo que él aún no es, pero lo que está llamado a ser: una roca, un pilar, a pesar de sus flaquezas, de sus arrebatos, torpezas y contradicciones. Pedro no formula ninguna declaración de intenciones, no dice nada, solo se deja mirar, y esa mirada basta para sembrar algo nuevo en él, algo increíblemente fecundo.

Cuando nos invitaste a ir y ver, era la hora décima, ya cerca de la hora del ocaso, que marcaba el comienzo de un nuevo día, el comienzo de la nueva humanidad.

- Nos preguntas ¿Qué buscamos?
¿Qué esperamos de Ti?
¿Qué creemos que nos puedes dar?
- Y pido: Jesús, penetra con tu mirada en mi interior.

Sin embargo, este es solo el principio. Habrá otra mirada, mucho después, que completará esta transformación.

Lectura del evangelio de Lucas 22, 54-62

Lo arrestaron, lo condujeron y lo metieron en casa del sumo sacerdote. Pedro le seguía a distancia. Habían encendido fuego en medio del patio y estaban sentados alrededor; Pedro se sentó entre ellos.

*Una criada **lo vio** sentado junto al fuego, **lo miró fijamente** y dijo: —También éste estaba con él.*

Pedro lo negó diciendo: —No lo conozco, mujer.

*A poco, otro **lo vio** y dijo: —También tú eres uno de ellos.*

Pedro respondió: —No lo soy, hombre.

Como una hora más tarde otro insistía: —Realmente éste estaba con él, pues, también es galileo.

Pedro contestó: —No sé lo que dices, hombre.

Al punto, cuando aún estaba hablando, cantó el gallo.

*El Señor, volviéndose, **le echó una mirada** a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: “Antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces”.*

Y saliendo afuera, lloró amargamente.

Llegamos a la noche oscura, cuando Jesús ha sido arrestado y llevado a la casa del sumo sacerdote. Pedro lo sigue de lejos, con el miedo pegado al cuerpo. Alrededor de una

fogata, bajo las miradas acusadoras de sirvientes y curiosos, se desarrolla otro episodio decisivo.

Pedro niega conocer a Jesús, niega haberlo visto. Curiosa elección de palabras, pues el verbo "conocer" en griego está vinculado al verbo "ver". Pedro, el que fue mirado, ahora dice que no ha visto. Tal vez no miente del todo, quizá aún no ha comprendido, no ha visto con el corazón.

Y ante nuestra incapacidad para ver, otra vez la mirada de Jesús, tomando la iniciativa: ¿Que no le vemos? Pues ya nos mira Él... No hay reproche, no hay condena, solo una mirada que abraza, que sostiene, que ama a pesar de la traición.

Pedro recuerda, revive aquel primer encuentro, aquella primera de muchas miradas cómplices, divertidas, sanadoras, performativas (hermanas, permitidme esta preciosa palabra que solo con escribirla ya produce el efecto deseado), aquel momento en el que su vida comenzó a transformarse. Y llora amargamente, dejándole ese regusto en la boca de cuando sabes que has vuelto a tragarte lo que no debías, lágrimas que no son solo de dolor, sino de una comprensión profunda, de una conversión que ahora sí brota desde lo más íntimo.

Me gusta imaginar que la mirada de Jesús nunca se apartó de Pedro. Incluso en su negación, incluso en su huida, incluso cuando las palabras fallan y el miedo vence. La mirada de Jesús permanece, paciente y amorosa, esperando a que Pedro se encontrara consigo mismo, esperando a que pudiera ver de verdad.

Y en esa mirada también estamos tú y yo. Porque hay en cada una de nosotras un Pedro que duda, que tropieza, que niega, pero que también es capaz de llorar y de dejarse transformar. Por muy grandes que sean nuestras caídas, siempre nos espera esa mirada de compasión que quiere rehacernos, que quiere hacernos nuevas.

Jesús miró a Pedro y vio más allá de su error. Lo miró como se mira a un amigo, a alguien a quien se ama por lo que es y por lo que puede llegar a ser. Y esa es la promesa que se nos ofrece: que nuestras miserias no son la última palabra, que siempre hay una mirada que nos vuelve a levantar, que nos convierte, que nos llama a ser más grandes de lo que jamás imaginamos.

Pedro, el pescador de hombres, es testigo de ese amor. Un amor que no se detiene ante la traición, un amor que transforma las negaciones en confesiones de fe, un amor que convierte las lágrimas amargas en el inicio de una vida nueva.

Tu mirada está llena de amor, es una mirada que cura las heridas profundas, una mirada que nos rehabilita y nos recrea.

- Señor, ayúdanos a mirarnos a nosotras mismas con tu misma mirada.
 - Si no nos apartamos de la profundidad de tu mirada tendremos vida, por complicados que sean nuestros caminos y por incapaces que seamos de adherirnos a Ti con coherencia y fe firme y sincera.
 - Incluso en el silencio más profundo Tu mirada sigue buscándonos, llamándonos, queriendo que participemos en tu obra salvadora.
 - No nos contentemos con rozar a Jesús, vivamos mirando a Jesús cara a cara, dejándonos penetrar por su intensa mirada.
-

Mirarme desde ti

Mírame Tú,
Jesús de Nazaret.
Que yo sienta
posarse sobre mí
Tu mirada libre,
sin esclavitud
de sinagoga,
sin exigencias
que me ignoren,
sin la distancia
que congela,
sin la codicia
que me compre.
Que Tu mirada
se pose
en mis sentidos,
y se filtre
hasta los rincones
inaccesibles
donde te espera

mi yo desconocido,
sembrado por Ti
desde mi inicio,
y germine mi futuro
rompiendo en silencio
con el verde de sus hojas
la tierra machacada
que me sepulta
y que me nutre.
Déjame entrar
dentro de Ti,
para mirarme
desde Ti,
y sentir
que se disuelven,
tantas miradas
propias y ajenas
que me deforman
y me rompen.

B. González Buelta

♪ ¿Dónde vives? – GLENDA [Pincha aquí]



